

## Desde las ciencias del lenguaje: más interrogantes sobre la conciliación de enfoques

Adriana Silvestri  
*Instituto de Lingüística*  
*Universidad de Buenos Aires*

Formar parte del segundo contingente de invitados implica ampliar el espectro de interlocutores: Frawley más los colegas participantes en la primera vuelta de opiniones. Ampliación que es al mismo tiempo ventaja y desventaja: por una parte, los argumentos se multiplican y enriquecen, y por otra se corre el riesgo de caer en la incoherencia expositiva, saltando de un problema a otro, sin decidir dónde ubicarse entre la cantidad de líneas argumentales abiertas una vez que Frawley pasó por la mirada crítica de los primeros comentaristas.

Aprovechando que el género «comentario» es de estructura flexible, voy a organizar entonces el mío como un diálogo informal con mis predecesores (los «desventurados ... cautivos y desarmados», según Domingo, a quien ya comienzo a citar) y con el propio Frawley.

No todos los modelos psicológicos le han dado un lugar de privilegio al lenguaje, pero éste no es el caso de los modelos computacionales y los socio-genéticos. De hecho, en el proyecto integrador de Frawley el lenguaje figura como un pivote a partir del cual se articulan nociones provenientes de uno y otro bando.

Pero hay un obstáculo ya desde el comienzo: no hay coincidencia en qué se entiende por lenguaje en cada enfoque. El problema de la acepción de «lenguaje», muy evidente en el área del estudio de la adquisición, revela falta de consenso en la propia lingüística.

Las ciencias del lenguaje están lidiando, desde la aguda observación inicial de De Saussure sobre su naturaleza heteróclita, con una disyuntiva semejante a la de la psicología, entre el sistema y el uso, entre el lenguaje como estructura invariante y el discurso que forma parte de la situación social. Como es sabido, la lingüística adoptó durante varias décadas la solución drástica del mismo De Saussure: eliminar del objeto de estudio todo aquello que careciera de la fijeza estructural y la prolijidad conceptual que lo volviese abordable por una lógica formal (operación análoga a la de Fodor quitándose de encima al procesador central). Estas operaciones, sin embargo, no siempre estuvieron motivadas por la modestia científica del que afirma «todavía carecemos de instrumentos rigurosos para estudiarlo», sino por la convicción de que la regularidad del sistema es precisamente la característica esencial en la definición del objeto de estudio, ya sea la mente o el lenguaje.

---

*Correspondencia:* Instituto de Lingüística, Universidad de Buenos Aires, 25 de Mayo 221, 1002 Ciudad de Buenos Aires. Correo electrónico: [adrianasilvestri@ciudad.com.ar](mailto:adrianasilvestri@ciudad.com.ar)

Desde las primeras propuestas estructurales ha corrido mucha agua bajo el puente, pero a la hora de confrontar ideas siguen siendo puntos de desacuerdo, por una parte, el lugar asignado al contexto –que revela el lugar que la teoría otorga al factor sociocultural– y, por otra, la determinación de las unidades de análisis, que entronca crucialmente con el problema del método.

Cómo rendir cuenta del contexto ha resultado el problema más dócil para los más conciliadores, por lo menos en cuanto al trabajo empírico. Excepto algunos insobornables como los chomskianos, actualmente incluso los lingüistas más formales consideran que se trata de un factor para tener en cuenta. La lingüística cognitiva, por ejemplo, ha dado pasos en esta dirección. El propio Langacker (1997) dedicó trabajos recientes a desmentir la incompatibilidad o el desinterés de este enfoque por el estudio del lenguaje en su contexto sociocultural y discursivo. Sin embargo, Langacker reconoce que es comprensible que se haya generado este presunto malentendido, tanto por la dirección usual de los trabajos inscritos en esta perspectiva como por el supuesto básico –que no se abandona ni se matiza– acerca de prerequisites cognitivos de los cuales depende la posibilidad de que se produzcan interacciones sociales significativas.

En el trabajo de Frawley, por cierto, el eje que elige para emprender la tarea integradora es el problema del marco, y creo, con García Madruga, que los resultados son en general convincentes. Frawley saca partido de un concepto crucial en la propuesta vygotskiana que puede ser bienvenido desde un punto de vista cognitivo flexible: el de mediación semiótica.

Algunos de los aspectos mejor resueltos y más interesantes del texto de Frawley son, en mi opinión, los que analizan desde una perspectiva instrumental los recursos que el lenguaje ofrece para la autorregulación, empleando ejemplos del repertorio de procedimientos que se observa en lenguas diversas para organizar la predicación, el foco o la evidencialidad. Es decir, se pasa de una formulación abstracta acerca de la mediación verbal, al análisis concreto sobre el funcionamiento de las herramientas de la caja de herramientas wittgensteiniana.

En esta dirección, pueden citarse casos de otros investigadores provenientes del entorno cognitivo. Kintsch (1998), por ejemplo, sostiene en su último trabajo que si la representación simbólica es posible gracias a dispositivos externos, productos de una construcción cultural, como el lenguaje escrito, éstos deben formar parte del modelo. Y, por lo tanto, propone incluir los instrumentos de mediación en el análisis de la cognición humana.

En efecto, los cognitivistas más flexibles –como los que se ocupan del procesamiento de textos– no tienen intención de despreocuparse de la mediación ni del contexto. Como observa Rodrigo, uno de los escollos para la tarea de Frawley fue el empleo de los modelos más rígidos y ya desactualizados del cognitivismo. Por qué no apelar más resueltamente a otros enfoques, por caso, como señalara Wertsch en su momento, a las versiones conexionistas, siempre bien dispuestas a prestar atención al contexto y al aprendizaje. Las teorías representacionales actuales no son necesariamente acontextuales, estructurales y estáticas, aunque subsisten núcleos de disenso en comparación con los modelos sociogenéticos, como por ejemplo los señalados en la propuesta de Langacker (1997).

Para las ciencias del lenguaje, este problema comenzó a hacerse evidente cuando se incluyó al texto/discurso como legítimo objeto de estudio, más allá de la oración como unidad máxima del código lingüístico. Fracasaron los intentos de encontrar a nivel del texto reglas estructurales del mismo orden que las de nivel morfosintáctico y pronto se advirtió que no existe más allá de la oración un encuadre estructural similar al de la oración. Hay, en cambio, mecanismos de regulación comunicacional que sólo pueden ser descritos y explicados si se introducen complejas variables de orden contextual, tanto en su acepción restringida –el contexto de comunicación inmediato– como amplia –las modalidades de interacción propias de una cultura determinada, históricamente situada.

La psicolingüística, siguiendo la misma trayectoria prolija de la lingüística en su análisis de los niveles de lenguaje, se topó con el mismo problema al encarar la explicación del procesamiento de texto; no pueden emplearse los mismos principios para rendir cuenta de los niveles inferiores y superiores del tratamiento. Una solución tentadora es proponer dos sistemas de tratamiento: los modulares (innatos o modularizados por aprendizaje, según la propuesta), automáticos, no conscientes, se hacen cargo de los niveles inferiores hasta la oración, y le incumben al central, a cargo de operaciones conscientes y metaconscientes, los enunciados en contexto.

En este sentido puede reinterpretarse el comentario irónico de Domingo, «(...) hasta que no se me demuestre que es computable la *Lógica de Hegel* o el *Ulises* de Joyce, prefiero una vez más otorgarme el privilegio de la duda». Por cierto, resulta difícil imaginar cómo la psicolingüística cognitiva puede llegar eventualmente a rendir cuenta de, por ejemplo, el monólogo de Molly Bloom, cuando todavía discute cómo se procesa una sencilla ambigüedad del tipo «el leñador vio la sierra».

No todos los lingüistas están de acuerdo con esta cesura oración/enunciado. Charolles (1999), por ejemplo, considera que los mismos principios cognitivos rigen la organización del lenguaje en todos sus niveles. Y proporciona evidencia, en el mismo sentido que los ejemplos autorregulatorios de Frawley, sobre procedimientos en el plano del discurso que generan elecciones a nivel gramatical.

A esta altura del panorama confuso quisiera introducir a otro interlocutor. En su introducción a la primera serie de comentarios, Gabucio recuerda a Ángel Rivière, la voz que todos hubiéramos querido tener en este coloquio, entre otras razones por su capacidad para poner claridad en áreas de investigación enmarañadas, organizando y rescatando sin eclecticismo conceptos originados en paradigmas diferentes.

La propuesta de Ángel Rivière (2003a, 2003b)<sup>1</sup> que quisiera incorporar es la relativa a la diversidad de funciones mentales que coexisten en el ser humano, la relación que se da entre ellas y sus formas específicas de desarrollo, caracterización que tiene, por supuesto, precedentes importantes en el campo de la psicología, entre ellas el esbozo de Vygotski acerca de funciones elementales y superiores, que pueden ser a su vez rudimentarias y avanzadas.

1. Sobre estos trabajos de Ángel Rivière, inéditos hasta hace muy poco, pueden verse también los comentarios de Eduardo Marfí en este mismo número, así como el trabajo de Baquero, 2001.

Es posible, a la luz de esta propuesta, rendir cuenta del lenguaje como fenómeno complejo, ya que hay funciones diversas implicadas en su adquisición y en su procesamiento. La comprensión y producción de las formas básicas del lenguaje oral corresponde a funciones superiores rudimentarias (tipo 3 en la terminología de Rivière). Aunque no son inicialmente modulares, por aprendizaje terminan funcionando modularmente, casi al modo de las funciones elementales que no son específicamente humanas. Así, el sistema léxico-gramatical, el núcleo duro estructural de la lengua, de adquisición temprana, responde a formas de procesamiento básicamente automáticas.

En cuanto a las funciones avanzadas (tipo 4), son las más sensibles a la interacción social, ya que requieren de formas especializadas de interacción para su desarrollo. No están modularizadas e implican una revisión metacognitiva de las rudimentarias, como se observa en las formas genéricas complejas específicas del lenguaje escrito.

Introduzco, con excesiva síntesis, la propuesta que Rivière planteó pero no llegó a desarrollar, sólo con la intención de dejar abierta una posibilidad de enfocar el problema.

En lugar de suponer que los mismos principios cognitivos rigen todos los niveles de procesamiento, podemos considerar, con bastante evidencia, que hay diferentes funciones implicadas en un fenómeno tan complejo como el lenguaje. Volviendo al ejemplo de Domingo, sí habría algo que es computable en el *Ulises* de Joyce, aunque ese algo no es precisamente lo que lo ha convertido en un monumento de la historia de la inteligencia humana.

Seguramente, cuando Joyce mantenía una conversación banal sobre el clima con su casera, reposaba en la resolución automática de frases gramaticalmente correctas y léxicamente adecuadas. Mientras que, durante la escritura del *Ulises*, debió someter esos procedimientos verbales adquiridos en sus primeros años de vida a arduas revisiones metacognitivas que le permitieron manipular la construcción sintáctica, el acceso léxico, e incluso el estabilísimo plano fonológico, al servicio de la construcción de sentidos altamente innovadores.

Es éste un ejemplo extremo, pero se encuentra en la misma dirección que los casos de Frawley para mostrar el lenguaje privado de estudiantes traductores ejerciendo su función metacognitiva de control.

Siempre hipotetizando, al rescate de algunos aspectos de la propuesta de Frawley, habría un procesamiento automático, inconsciente, relativamente inmune al contexto y universal (y no es obligatorio atribuir innatismo a la universalidad). Por otra parte, hay procedimientos discursivos conscientes (pero no metaconscientes), al estilo de los analizados por los lingüistas cognitivos, que provocan elecciones estratégicas –social y psicológicamente motivadas– en el plano gramatical y textual. Y, finalmente, el control metaconsciente propiamente dicho que puede hacer de cualquier representación –e, incluso, de algunos procesos– objeto de manipulación al servicio de un objetivo semántico y pragmático.

Sin embargo, no es tan sencillo repartir incumbencias entre lógica y control, entre mente computacional y social, entre código lingüístico y discurso, y lo más probable es que se trate de distinciones incorrectas. En realidad, en lugar de establecer una cesura, como si se tratara de conceptos propios de una lógica formal, es

más verosímil (continúo retomando a Domingo) enfocarlos como conceptos difusos, como miembros de un continuum en el que no hay una línea divisoria franca.

Esta operación se evidencia, por ejemplo, en el tratamiento que Vygotski hace del concepto de significación como unidad propuesta para el pensamiento/lenguaje. Y, en este punto, quisiera rescatar brevemente otra articulación teórica que Frawley desdeña por equívoca: la de Bajtín y Vygotski. Por cierto, si bien la adhesión marxista de Bajtín es más matizada que la de Vygotski, coincido con Lacasa en que resultaría una fuerte pérdida para un proyecto de integración desdeñar la evidente afinidad de ambas propuestas.

Como ya se ha señalado en varias oportunidades, Bajtín y Vigotsky coinciden en su concepto de significación y lo abordan concibiéndolo –en términos actuales– como concepto difuso. Entre los polos del significado fijo, estable, de código, y del sentido personal y contextual, no se establece una división tajante, sino una rica gradualidad. De modo que se trata de conceptos no abordables por una lógica formal, que requiere conceptos cuya pertenencia a una categoría sea inequívoca. Por ejemplo, una figura geométrica (hasta donde yo sé...) o bien pertenece al conjunto de los triángulos o bien no pertenece, pero no existen posibilidades intermedias. En cambio, en la asignación de significación a cualquier unidad léxica o frástica habrá siempre elementos más cercanos al polo del significado y al polo del sentido operando conjuntamente.

La propuesta de la significación como unidad puede ser retomada productivamente, en perspectiva psicológica, a partir de Bajtín. Éste propuso la distinción entre géneros primarios de la comunicación informal y géneros secundarios de la comunicación cultural compleja, que involucran en términos psicológicos a las funciones 3-4 de Rivière respectivamente. Los recursos verbales implementados por los secundarios suponen una reelaboración de los primarios, lo que exige un proceso de aprendizaje distinto con fuerte implicación metaconsciente.

La operación de ubicarse desde el enunciado como unidad es lo que le permite a Bajtín, al mismo tiempo, centrarse en las diversas formas que adopta el lenguaje en diferentes situaciones comunicativas sin dejar de atender a la lengua como sistema, teniendo en cuenta sus aspectos estructurales. Así, los diversos géneros en los que se encuadra el enunciado –los diversos requerimientos cognitivo-comunicativos de la práctica social en la que se encuentran inscritos– determinan el repertorio instrumental de recursos más operativos para la situación.

Aunque Vygotski propuso explícitamente a la significación como unidad, en el tema crucial del lenguaje interior adoptó de hecho otra unidad. Cuando apela al análisis proporcionado por el lingüista Yakubinski sobre los procedimientos discursivos del diálogo, para aplicarlo en su propuesta sobre el lenguaje interior como diálogo interiorizado, está empleando el enunciado genérico como unidad de análisis y no la significación.

De todos modos, aun aceptando esta posibilidad de articulación, y esperando que los lógicos desarrollen aún más su proyecto sobre lógicas difusas, la perspectiva instrumental deja un problema pendiente para la integración. Varios comentaristas (Lacasa, Domingo) han señalado con justeza que la alianza de lo sociocultural y lo computacional se establece, en la propuesta de Frawley, en un plano estático, no de desarrollo. Es posible integrar desde un punto de vista fun-

cional, obviando que, para Vygotski, el enfoque genético no es cancelable. Su preocupación por la determinación de las unidades se encontraba, como señala Domingo, indisolublemente ligada a una cuestión de método y de enfoque epistemológico. Y éste resulta ser el aspecto más resistente a la integración.

Éste es un dominio de conocimiento en el que soy una mera aficionada, así que apenas voy a plantear algunos cabos que me parecen potencialmente productivos. Apelo al principio de autoridad –o de especialidad– y sigo a Sève (1984). Lo estático implica mantener una estructura relacional de tipo constante, diferente de la concepción dinámica de los vínculos interfuncionales propuesta por Vygotski. Pero recordemos que –desde una lógica materialista dialéctica– el plano estático es aceptable según qué fenómeno estemos enfocando.

Marx nunca sugirió que hubiera que echar a la basura a la lógica clásica, ni Bajtín afirmó que no existieran aspectos fijos en el lenguaje, ni Vygotski que no hubiera invariaciones en la mente. Sève (*op. cit.*) le otorga validez científica a las lógicas no dialécticas cuando operan con formas constituidas de funcionamiento estable, donde se pueda abstraer lo que en el seno de la estructura anuncia cambios evolutivos inevitables. En el campo del lenguaje, por ejemplo, el mismo Bajtín aceptó la validez de la perspectiva estática para la descripción abstracta del plano gramatical, incluyendo el significado como significación potencial, «de diccionario».

Mucho está por hacerse, de todos modos, y no es poco mérito el de Frawley de haberse animado a la empresa y haber logrado algunas articulaciones valiosas, sin duda haciéndose eco de una necesidad en el campo intelectual. Como bien señala Siguan, no basta con combinar resultados empíricos provenientes de distintos enfoques, sino que hay que contar con una teoría que autorice la combinación sin caer en el eclecticismo. Resta determinar si se trata de integraciones lícitas o si hay un núcleo teórico irreductible que no las autoriza.

Al fin y al cabo, el meollo del deseo de integración no está en asemejarse a ciencias más unánimes en su historia de paradigmas, sino en la productividad de esta operación, en alcanzar un conocimiento más válido, más flexible, para el objeto que nos corresponde.

## REFERENCIAS

- Baquero, R. (2001). Ángel Rivière y la agenda post-vygotskiana de la psicología del desarrollo. En R. Rosas (Ed.), *La mente reconsiderada: En homenaje a Ángel Rivière*. Santiago: Psykhé Ediciones
- Charolles, M. & Combettes, B. (1999). Contribution pour une histoire récente de l'analyse du discours. *Langue Française*, 76-116. Paris: Larousse.
- Kintsch, W. (1998). *Comprehension. A paradigm for cognition*. New York: Cambridge UP.
- Langacker, R. (1997). The contextual basis of cognitive semantics. En J. Nuyts & E. Pederson (Eds.), *Language and Conceptualization* (pp.229-252). Cambridge University Press.
- Rivière, Á. (2003a). Desarrollo y educación: el papel de la educación en el «diseño» del desarrollo humano. En Á. Rivière, *Obras escogidas, vol. III, Metarrepresentación y semiosis* (pp. 203-242). Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Rivière, Á. (2003b). Educación y modelos del desarrollo. En Á. Rivière, *Obras escogidas, vol. III, Metarrepresentación y semiosis* (pp. 243-284). Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Sève, L. (1984). *Structuralisme et dialectique*. Paris: Éditions Sociales.
- Wertsch, J. (1998). *La mente en acción*. Buenos Aires: Aique.